Era Itzcohuatl hombre de edad madura cuando entró en el reinado; y cuando menos tenía de edad cuarenta y seis o cuarenta y siete años; y luego que él se vido rey comenzó a tratar las cosas de su república con mucha suavidad y las de guerra a ponerlas en punto, para hacerla a Maxtla y todos sus secuaces, en la mejor oportunidad que pudiese. En este punto dejamos a Itzcohuatl gobernando a Mexico, por volver a tratar de Nezahualcoyotl, que andaba en su peregrinación buscando trazas y maneras cómo recuperar su reino, y conviene que tratemos esta causa hasta la ocasión de venir a ser señor de la ciudad de Tetzcuco; porque desde entonces este rey Itzcohuatl y él comenzaron a destruir el imperio y a hacerse señores absolutos de esta Nueva España.

CAPÍTULO XXXIII. *De cómo Nezahualcoyotl salió de Cohuatitlan y se fue huyendo hacia tierra de Tlaxcallan, buscando remedio para libertarse; y se dice no haberse hallado presente los tetzcucanos a la elección de Itzcohuatl*

EZAHUALCOYOTL, QUE SE VIDO LIBRE DE LA CELADA y traición pasada de la gente tepaneca que le seguía, viendo que ya habían pasado en busca suya, salióse de aquel lugarejo llamado Cohuatitlan y hurtándoles el cuerpo fuese por otra parte distante y apartada de la que ellos llevaban. Y pareciéndole que por allí iba seguro casi los encontró, porque andaban como perros rabiosos de una parte a otra buscándole, sin sosiego, sin llevar camino cierto por donde hallarle. Y cansado Nezahualcoyotl de huir llegó a unas heredades, donde unas mujeres labradoras estaban limpiando unas parvillas de chian (que es a manera de linaza), y estando allí descansando vieron que venía la gente de Maxtla y conociendo el peligro de su señor lo escondieron enmedio de una de aquellas parvas y llegando la gente preguntando por él, dijeron: que allí había llegado y comido y pasado delante sin saber adónde iba, y preguntándoles hacia qué parte, le señalaron hacia la sierra y ellos se partieron allá con toda presteza y diligencia. Pasó de aquí Nezahualcoyotl a Tetzcutzinco a hacer noche, que es una casa y palacio grande y sumptuoso que sus antecesores habían hecho para su recreación y caza. En este lugar le estaban aguardando Tlamintzin, Huitzilihuitzin, Ocotl, Tehuitzitzilin, Tochin y Zacatlahto, seis señores capitanes suyos, que juntamente con él andaban a monte y descarriados, ausentes de sus tierras y señoríos siguiendo la ventura que por Nezahualcoyotl corría. Todos juntos en aqueste lugar trataron aquella noche de lo que convenía hacer; y aunque los de la provincia de Chalco habían sido fautores y parciales en la muerte de Ixtlixuchitl su padre, con todo (haciendo del ladrón fiel, por la necesidad grande en que se hallaba) dio orden a uno de aquellos sus capitanes que antes que amaneciese se partiese allá y dijese al señor de aquella provincia los trabajos que pasaba

y cómo Maxtla no lo dejaba vivir en paz ni sosiego; y que pues ya no le valía el sufrimiento que hasta entonces había tenido, pasando con sus demasías y libertades, que ya quería poner a prueba de las manos la verdad y probanza de cuyo era el imperio; y para esto le rogaba que pues eran todos unos, amigos y hermanos, se favoreciesen y hiciesen buena amistad y le diesen ayuda y gente para la conclusión y fin de aquella demanda.

Con esta misma embajada envió a Maxtlapiltzin a Cohuatlichan, los cuales cumpliendo lo que Nezahualcoyotl les mandaba partieron con priesa y les dio orden de dónde le hallarían de vuelta con su embajada. Partióse de este lugar, a otro día de mañana, y fuese con parte de aquella su gente a un lugar que se llamaba Matlallan; y al señor de él llamado Tlaixpan le apercibió que aprestase la gente, para cuando él mandase. De esta manera fue marchando aquel día por algunos lugares de su señorío, apercibiendo los moradores de ellos para su vuelta. Y esto mismo hizo otro día siguiente por los que pudo andar, hasta llegar a un pueblo que se llama Apan, donde haciendo noche le llegaron mensajeros de la ciudad y provincia de Cholula, ofreciéndole todo el poder y fuerzas de los chololtecas en su ayuda y demanda, de que quedó Nezahualcoyotl en gran manera contento, pareciéndole que eran aquellos buenos principios para el caso que emprendía; acariciólos y regalólos con el mejor estilo y hospedaje que pudo y despidiólos mostrando sumo agradecimiento y apercibiólos para el tiempo que ya tenía determinado, excusándose de no poder ir a su ciudad por estar algo distante y apartada y serle forzoso acudir a otras gentes de quien tenía menos confianza, y que así le perdonasen el no ir allá, pues como verdadero amigo los amaba y estimaba. Aquí le alcanzaron dos señores sus continuos, que había dejado en la ciudad de Tetzcuco, para que se informasen de lo que pasaba y de la intención de Maxtla, y le diesen aviso de todo, los cuales le dijeron cómo a fuego y sangre pretendía hacer la guerra. Allí también tuvo aviso de cómo los tepanecas andaban en busca suya por aquellos lugares. Y también cómo a Huitzilihuitl, un señor muy privado suyo, le habían prendido y atormentado porque confesase dónde andaba o estaba su señor Nezahualcoyotl; y que sí era verdad, que había dormido una noche después que salió huyendo de Tetzcuco, en el cerro de Tetzcutzinco; y que se le habían juntado los seis señores, ya dichos, que sí trataban de guerra contra el emperador Maxtla y que por no haber confesado le habían dado la muerte en los tormentos. Todo esto oía Nezahualcoyotl y lo sentía, pero como de presente no podía remediarlo callábalo y amontonábalo en su corazón para su tiempo. Pasó a Huexotzinco, cuyo rey y señor era pariente y deudo de Nezahualcoyotl; allí lo recibió con mucho amor y contento y dolor, juntamente de verle andar fuera de su casa y descarriado, y diole ayuda y favor y prometiósela dándole palabra de salir en persona a su ayuda y defensa.

Partióse de aquí a la ciudad y gran provincia de Tlaxcallan, acompañado de mucha gente que el rey de Huexotzinco le dio y llegaron a la ciudad de Tlaxcallan aquella noche, a puesta del sol; y sabiendo los señores de ella su venida, le salieron a recibir con mucha grandeza y majestad y le metie-

ron en la ciudad con grande honra y con la misma le aposentaron y hospedaron. Los cuales no sintiendo menos el desavío de Nezahualcoyotl, que en su vida traía y siendo enemigos de los tepanecas, le animaron a que les hiciese guerra y acabase ya de recuperar el señorío que le tenían usurpado; y que para esto le prometían todo su poder y fuerzas que hasta morir en la demanda no le faltarían. Agradeciólo mucho Nezahualcoyotl con las mejores razones y sumisión que pudo; y porque no era tiempo de perderle, concertó la guerra y el modo que había de haber para ella y el lugar donde habían de juntarse; y con esto se partió de Tlaxcallan otro día de mañana.

Salió muy acompañado de la ciudad y como hombre que ya parecía rey y que como rey era tratado, de que Nezahualcoyotl recibía gran contento y cobraba ánimo y esfuerzo para verse en aquella majestad, que en aquellos actos y acompañamientos le representaban. Caminó aquel día todo hasta llegar a Calpullalpan, pueblo suyo de la jurisdición de Tetzcuco, que dista de Tlaxcallan nueve leguas y siete de la dicha ciudad de Tetzcuco. Aquí halló a los mensajeros que había enviado a la provincia de Chalco y a Cohuatlichan y a Huexotla, que le traían palabra de que sería ayudado, en aquella guerra contra Maxtla, de sus señores. Aquí en este lugar se estuvo algunos días donde aguardó resolución de todo lo que tenía ordenado y trazado y a los mensajeros que había despachado a diversas partes de esta Nueva España, los cuales le vinieron con las nuevas que deseaba, ofreciéndole todo favor y ayuda.

Según lo dicho en este capítulo se echa bien de ver que Nezahualcoyotl, ni los señores tetzcucanos se hallaron en Mexico en la elección y nombramiento del rey Itzcohuatl; porque como andaba Maxtla pretendiéndole la muerte, era fuerza que anduviese huyendo de ella, mayormente que los cuidados de Nezahualcoyotl no eran en orden de hacer rey extraño, sino de hacerse rey a sí mismo. Y como no tenía caudal, ni poder suficiente para esto, andaba huyendo de las ocasiones cercanas y públicas, por no venir a caer por alguna traición en sus manos, viendo que aún en secreto y en lo oculto, aún no estaba seguro de ellas; y así por lo dicho se ve claro y manifiesto cuán errado va el padre Acosta y los que le siguen, en decir que estuvieron presentes estos tetzcucanos en esta dicha elección, pues ni en ella se vieron ni tampoco tuvieron aviso de que se hacía.